

CIEN AÑOS DE LA REVISTA «SAL TERRAE»

LOS CONSEJOS DE REDACCIÓN, «ALMA» DE LA REVISTA *SAL TERRAE*

JOSÉ ANTONIO GARCÍA, SJ*

ENRIQUE SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ**

Fecha de recepción: junio de 2011

Fecha de aceptación y versión final: septiembre de 2011

RESUMEN

En los años posteriores al Concilio Vaticano II la revista Sal Terrae emprendió un nuevo rumbo, muy distinto del precedente, por el que, sin embargo, sigue caminando después de casi 40 años. Su inicio estuvo marcado por el buen hacer de un grupo de teólogos, pastoralistas, psicólogos, que se plantearon con honestidad y profundidad esta triple pregunta: ¿a quiénes queremos llegar?; ¿qué les queremos transmitir?; ¿de qué manera lo debemos realizar? Un inicio que dejó su huella en el discurrir posterior de la revista, en el que también se ha llevado a cabo una renovación generacional, temática, formal.

PALABRAS CLAVE: funcionamiento, diversidad, autores, renovación.

* Director de *Manresa*. Madrid. <jagarcia@jesuitas.es>.

** Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). <esanz@teo.upcomillas.es>.

THE EDITORIAL BOARD, «SOUL» OF THE *SAL TERRAE* JOURNAL

ABSTRACT

During the years after the Second Vatican Council, the Sal Terrae journal took a new course, one that is very different to that previously followed and on which it is still progressing almost 40 years on. Its start was marked by the good work of a group of theologians, pastors and psychologists who raised three interlinked questions with honesty and depth: What is our goal? What is the message we want to convey? How should we go about doing so? This start left its mark on the subsequent path of the journal, in which a formal, thematic and generational change also took place.

KEY WORDS: functionality, diversity, authors, change.

Comienzo estas páginas diciendo que una de las experiencias más agradables y fecundas de mi vida, y de las que guardo mejor recuerdo, está vinculada a los sucesivos *Consejos de Redacción de Sal Terrae* de los que formé parte durante más de 25 años. Recordarlos en estas páginas constituye para mí un motivo de alegría, a la vez que de profundo agradecimiento.

1. Así comenzó la aventura

Era un día del año 1973 en Valladolid. Una llamada del Provincial nos comunicaba a Gregorio de Pablos y a mí que debíamos ponernos a las órdenes del P. Joaquín Losada, en aquel momento profesor de Comillas y director de la revista *Sal Terrae*, para ayudarle en la tarea de renovar y llevar adelante esta publicación. Creo que aquella propuesta nos sorprendió por igual a los dos, pero también nos llenó de ilusión. G. de Pablos y yo éramos compañeros desde primero de bachiller y muy buenos amigos. Nos unían muchas cosas, entre ellas un vivo interés por la teología divulgativa y pastoral. Por otra parte, el destino no suponía una dedicación total, sino de media jornada. Él dedicaría la otra parte a la editorial *Sal Terrae* y otras tareas pastorales, y yo a una parroquia, La Pila-

rica, situada en un barrio de la ciudad. ¿Qué más podíamos desear? Aquella propuesta nos cayó como anillo al dedo. Además éramos jóvenes, y nuestra cabeza estaba llena de proyectos...

Lo primero que hicimos, al habla con nuestro director, fue poner en marcha el primer Consejo de redacción, en el que Gregorio de Pablos figuraba como secretario, y yo como jefe de redacción. Otros miembros de aquel primer Consejo fueron J. Arístegui, L. Acebal, G. Higuera y Gregorio Ruiz. Como piloto del equipo, el P. Losada.

Los lectores que a lo largo de este año hayan seguido la serie de artículos dedicados al centenario de la revista saben ya que en aquel momento *Sal Terrae*, empujada por los vientos del Vaticano II, estaba embarcada en un proceso de transformación desde unos contenidos predominantemente morales y canónicos a otros más teológicos y pastorales. La transformación, pues, no comenzó con nosotros; lo nuestro fue impulsarla, tal vez con alguna mayor decisión. Esos mismos lectores conocen, por otra parte, la efervescencia eclesial y la increíble floración teológica y pastoral que supuso la década de los setenta en la Iglesia universal, y concretamente en la española, una ebullición en la que nos vimos plenamente inmersos. A ello hay que añadir, con respecto a G. de Pablos y a mí, que hacía poco tiempo que habíamos terminado los estudios en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, y el panorama teológico y eclesial de nuestro país nos era bien conocido.

De lo que no fuimos tan conscientes en un primer momento fue del efecto que el giro impreso a la revista podía causar en un alto número de sus lectores más tradicionales. Muchos de ellos no tardaron en percibir el cambio y en reaccionar malhumorados, dándose de baja. Al principio este hecho nos pareció normal, pero después llegó a preocuparnos hondamente. Baste decir que en unos pocos años, no más de cinco o seis, *Sal Terrae* cayó hasta casi la mitad de sus suscriptores. ¿Hasta dónde llegaría el descenso? ¿Se consolidaría por fin un número fijo de lectores en algún punto de la pendiente? Ciertamente que a las bajas se sucedían también altas, y cada vez en número mayor; que nos llegaban apoyos de muchos lugares y personas; que la revista era cada vez más apreciada en ámbitos eclesiales deseosos de renovación...; pero ¿cuándo llegaría el equilibrio? Las

cifras finalmente se estabilizaron en torno a los 5.000 suscriptores, y a partir de entonces las fluctuaciones comenzaron a ser normales, con leves oscilaciones a la alta y a la baja. Ese dato, juntamente con nuestra fe en el proyecto y los apoyos exteriores, que nunca nos faltaron, hicieron que aquella primera etapa, difícil en sí, no nos desalentara. En ella aprendimos también muchas cosas que nos serían de capital importancia para orientar con tino el futuro...

2. Un «momento clave» en el camino

Así lo consideraríamos mas tarde: como un verdadero acierto, como un punto de inflexión en nuestro trabajo que orientaría definitivamente aquello que queríamos hacer y también cómo hacerlo... Un día, en tiempos ya más calmados, vimos la conveniencia de reunirnos un par de días en un Consejo extraordinario con un solo punto en el orden del día. Era el siguiente:

- ¿A qué lectores queríamos dirigirnos dentro del amplio y diversificado espectro de la Iglesia española?
- ¿Qué queríamos transmitir? ¿En qué áreas de la teología pastoral queríamos movernos?
- ¿De qué modo? ¿Con qué estilo, no solo formal, sino también de fondo?

Con el paso del tiempo, nos fuimos haciendo más y más conscientes de la importancia de aquella reunión, de cuánto nos ayudó a centrar y orientar nuestros esfuerzos y de lo que influyó en el relativo éxito de nuestra propuesta. De ella salió una especie de *carta de navegar*, cuyas características podrían resumirse del modo siguiente:

1ª) *Los lectores a quienes queríamos dirigirnos*, al menos predominantemente, serían aquellos (sacerdotes, laicos, religiosos y religiosas, etc.) que hubieran aceptado cordialmente el Vaticano II; que pensarán la Iglesia, la evangelización y la espiritualidad cristiana siguiendo su inspiración; que no soñaran hacia atrás... y, consiguientemente, que desearan una formación permanente en tal sentido.

2ª) *La temática de Sal Terrae* habría de responder a ese objetivo y ser, por tanto, variada. Debería abordar aquellos campos de la teología y la evangelización en que un cristiano adulto, un pastor o un agente de pastoral necesitaran renovar su formación siguiendo la inspiración del Concilio. Por *Sal Terrae* deberían pasar secciones fijas y artículos de teología dogmática, bíblica, moral...; análisis sociológicos que ayudaran a comprender los desconcertantes cambios culturales, religiosos y tecno-económicos que estaban teniendo lugar; estudios sobre la nueva evangelización que tales mutaciones estaban necesitando; artículos que entraran muy a fondo en una espiritualidad capaz de sostener la fe y la implicación cristianas en aquellos momentos de cambio; etc. Tan amplio llegó a ser el espectro temático abordado por *Sal Terrae* en aquel tiempo que un amigo se refería a ella (con humor, por supuesto) como «la pequeña Summa Teológica del siglo XX».

3ª) *El estilo y el tono deliberadamente elegidos*. De aquella reunión salió también el estilo con que queríamos acercarnos a cualquiera de esos temas. A nivel formal, ese estilo debería ser más bien divulgativo, no técnico; capaz de traducir a un hombre o mujer de formación media lo mejor de la Teología pastoral y de la Espiritualidad cristiana. En cuanto al «tono», tomamos asimismo una decisión importante: debería ser siempre animante y positivo; podría y debería ser crítico en ocasiones, pero siempre educado; analítico, pero creyente; con la vista en el futuro, pero respetuoso con lo existente; realista, pero esperanzado...

¿Lo logramos? No siempre, por supuesto; pero creo que, en general, sí. Estoy seguro de que si *Sal Terrae* se fue ganando poco a poco una estima creciente y ampliamente compartida, en unos tiempos tan polarizados como aquellos, se debió sin duda a aquella reunión y a la «carta de navegar» que salió de ella.

3. El funcionamiento y la función de los Consejos de redacción

Afirmar que los Consejos de *Sal Terrae* fueron el «alma» de la revista es una metáfora, pero expresa a la perfección lo que realmente fueron. Todo nacía en ellos: los temas monográficos, el desarrollo concreto de cada

número, las faldillas de cada artículo, los nombres a quienes dirigir nuestra petición...: todo. Más tarde habría que dar cuerpo a las decisiones allí tomadas contactando con los autores, recibiendo y preparando sus colaboraciones, enviándolas a la imprenta, etc.; pero se trataba únicamente de tareas de contacto y ejecución. El alma de *Sal Terrae* estaba en su Consejo.

Con el paso del tiempo aprendimos a centrar cada vez mejor aquellas reuniones, de ritmo bi- o trimestral, según los casos, de modo que resultaran progresivamente más eficientes. La forma de lograrlo era generalmente la siguiente:

- En una primera ronda, una especie de tormenta de ideas, se ponían sobre el tapete aquellos temas que cada uno considerara importantes de acuerdo con el momento socio-eclesial y con los objetivos de la revista.
- En una segunda ronda, y tras un breve silencio meditativo sobre la lista de temas insinuados, se invitaba a cada miembro del Consejo a que eligiera los dos o tres (no más) que considerara más importantes por el tema y por el momento.
- Los dos (o tres) más votados en esta segunda vuelta quedaban asumidos ya como temas monográficos.
- El resto de los temas sugeridos pasaban a la situación de «frigo» (frigorífico), de modo que pudieran ser retomados en el siguiente Consejo. Si no se les nombraba en los dos siguientes, quedaban ya fuera de la lista.

La experiencia nos fue dando que elaborar en el propio Consejo y desde cero un número podía convertirse en una tarea compleja, complicada y poco eficaz. Decidimos, pues, que, de los temas elegidos, uno o dos de nosotros se encargarían de presentar en el siguiente Consejo un esquema previo sobre el cual opinar, discutir, ajustar... Tal procedimiento resultó igualmente muy eficaz.

Al llegar a este punto, no puedo reprimir una sonrisa. Tiene que ver con el recuerdo de dos compañeros entrañables, Joaquín Losada y Gregorio Ruiz, ya fallecidos y miembros durante muchos años del consejo de redacción. ¡Lo que costaba mantenerlos a raya en aquellas reuniones! Sin

saber cómo, a las primeras de cambio allí estaban los dos enzarzados en disputas sobre el Barça y el Real Madrid... Volverlos al carril, y no ciertamente por mucho tiempo, costaba Dios y ayuda. Pero ya se sabía: sus discusiones formaban parte del paisaje de nuestros encuentros. No venían mal, por otra parte, pues contribuían a romper un tanto la seriedad de aquellos intercambios... ¡Qué irrepetibles eran ambos!

Lo cierto es que la calidad de aquellos Consejos era realmente notable. Por ellos fueron pasando compañeros de gran talla intelectual, como A. Álvarez Bolado, que sucedería como director a J. Losada, el propio J. Losada, L. González-Carvajal, J. Martínez Cortés; biblistas de una personalidad y chispa desbordantes, como D. Aleixandre y Gregorio Ruiz; moralistas como J. Gafo y G. Higuera; psicólogos como J.M^a Fernández-Martos; y muchos otros de tono más pastoral y parroquial, como J. Arístegui, J. García Escudero, E. Mayayo, J.J. Rodríguez Ponce, A. García Rubio, C. Díaz, etc. Participar en aquellas reuniones constituía una delicia, esa es la verdad.

Recuerdo una pregunta que nos hacían con cierta frecuencia: «Pero ¿es que, después de tantos años programando números, no se os agotan los temas?». La verdad era que no. El secreto, creo yo, se debía al hecho de que todos nosotros estábamos muy en contacto con la vida real en sus diversos niveles, y también al modo de gestionar los Consejos, en los que la doble vuelta jugaba un papel realmente fecundo y central.

4. Y los autores...

Por mucha «alma» de *Sal Terrae* que hayan sido sus consejos de redacción, la concreción de sus proyectos la realizaban siempre los autores. A ellos se debe todo. ¡Y qué lista tan grande y tan notable desfiló por sus páginas durante aquellos años...! ¡Qué gente tan buena, inteligente, disponible...! No me cansaría nunca de recordarlos... Al ojear las manchas y los índices de los números que van desde aquella lejana fecha de 1973 hasta el 2000, son tantos y tantos los nombres que van desfilando por sus páginas que resulta imposible citarlos a todos (pueden consultarse en www.revistasalterrae.es).

Al referirme a ellos, quisiera resaltar la experiencia tan extraordinaria que supuso para mí el hecho de contactar personalmente con todos y cada uno de ellos durante tantos años. ¡Cientos y cientos de cartas y llamadas en una primera etapa, de faxes después, de correos electrónicos finalmente...!

Llegué a sentirme –y creo también que a ser– amigo de muchos y muchas a quienes no había visto nunca, cosa que no dejaba de admirarme. La sorpresa de ver con qué facilidad aceptaban nuestras peticiones (y no precisamente por dinero, pues la gratificación era insignificante) iba en aumento. El aliento que nos transmitían y sus continuas muestras de cercanía daban alas a nuestro esfuerzo. ¿Qué más podíamos esperar?

«¿No tenéis nunca problemas con la censura?», solían preguntarnos de vez en cuando. La verdad es que muy pocos. Para ser más exactos, solo en tres ocasiones. De ellas, una tuvo consecuencias en cierto modo importantes que Joaquín Losada supo llevar con gran elegancia; las otras dos, no. Y creo que pudimos vivirlas todas ellas con paz y altura de miras...

Termino ya. En mayo de 2001, la Compañía de Jesús encargó la dirección de *Sal Terrae* al P. Enrique Sanz Giménez-Rico, con quien comienza una nueva etapa de la revista. Nadie mejor que él para describir los rasgos de este nuevo período que va desde aquella fecha hasta el momento presente.

* * *

Creo que es la primera vez que escribo algo que he dicho en numerosas ocasiones: ¡qué importante y decisivo fue para el primer consejo de redacción de *Sal Terrae* que tuve el gusto de dirigir, y para los que vinieron después, recibir en herencia el excelente trabajo realizado por los consejos de redacción anteriores! Sí, recibir toda la riqueza recogida y resumida en los apartados anteriores de este artículo (2, 3, 4) y también –recordemos la etimología latina de «herencia»– iniciar una etapa adheridos a nuestros predecesores; no de manera rígida y encorsetada, sino desde la convicción de que eso que nos sostenía podía hacer que nuestro trabajo pudiera sostenerse en la diversidad y la renovación, fundamentalmente

generacional, características que titulan los dos apartados que completan esta colaboración.

5. Diversidad

Ana García-Mina, Jesús García Herrero, Pedro José Gómez, Juan Antonio Guerrero, José María Rodríguez Olaizola, Dolores López, Fernando Millán, Diego Molina, Antonio Allende, Juan Rubio, Pedro Rodríguez Panizo, Javier de la Torre. 12 nombres que corresponden a los 12 miembros que, junto a los ya mencionados en líneas anteriores (Dolores Aleixandre, Cipriano Díaz, Luis González-Carvajal), han configurado el consejo de redacción de *Sal Terrae* (diría mejor: los consejos de redacción de la revista) entre mayo de 2001 y octubre de 2011 y se han reunido *en consejo* una vez al trimestre.

No me parece una cuestión menor el matiz que acabo de señalar; sí un aspecto muy característico del consejo de redacción de *Sal Terrae* de los últimos 10 años. A lo largo de este tiempo, su composición ha sufrido diversas modificaciones. En ocasiones, porque alguno de sus habituales 8 o 9 miembros llevaba en él más de uno o dos lustros; en otras, por haber recibido encargos y trabajos que conllevaban dejar cualquier otro tipo de ocupación. Estas entradas y salidas de personas, muy valiosas todas ellas, dejó, creo, su huella en los 3 o 4 consejos de redacción de la revista de la última década. Cada uno de ellos tenía sus particularidades y características y era diferente y diverso del anterior y del que posteriormente se configuraría. Uno quizá se caracterizaba más por la búsqueda y hallazgo de nuevas firmas, pertenecientes a una generación más joven y por la que parecía posible apostar y arriesgar. Otro mostraba probablemente una mayor preocupación por aquilatar y afinar mucho los esquemas que se llevaban a la reunión (títulos, faldillas, etc.) y que posteriormente se enviaban a los autores de los artículos. Para otro era importante, sobre todo, acertar con temas que atrajeran la atención de generaciones más jóvenes y menos familiarizadas con *Sal Terrae* y con temas muy pastorales. Creo, sin embargo, que todos ellos han trabajado adheridos a sus predecesores (los de los últimos 30 años) y a los nuevos aspectos que

iban conformando el discurrir sucesivo de estos ricos y variados grupos humanos. En ellos –recojo aquí palabras que he oído mucho en estos últimos años– se aprendía mucho, se trabajaba muy a gusto y se cultivaba la relación personal y el siempre necesario buen humor. ¡Qué ricos y, en ocasiones, largas discusiones sobre temas tan distintos como el éxito/fracaso, la transmisión de la fe, la reconciliación, la atención pastoral a los jóvenes, el viaje espiritual, los presos, la invisibilidad, las fronteras, el magisterio y la tradición, el ocio, las heridas, el poder, la eutanasia, la liturgia y el compromiso, las Jornadas Mundiales de la Juventud (2011)...! ¡Con qué cuidado y respeto se desarrollaban todas esas discusiones (por los presentes en dichas discusiones y por otros/as a los/as que ellas podían referirse), y qué buena era la preparación y la información de los que en ellas participaban!

Esta vida tan rica de los sucesivos consejos de redacción produjo en sus miembros unos frutos que recojo y resumo con un sustantivo (escucha) y dos adjetivos (penúltimo y antepenúltimo).

No descubro nada nuevo si afirmo que para el ser humano la escucha posee un valor incalculable; tanto que, y parafraseando al Cantar de los Cantares y aplicando a la escucha lo que este dice sobre el amor, «¿quién podría despreciar a quien entregara toda su fortuna a cambio de la *escucha*?». Escuchar atentamente al otro humaniza mucho, abre perspectivas y horizontes, relativiza principios tenidos por irrenunciables y corrige percepciones desenfocadas y distorsionadas. Y escuchar atentamente al Otro, deseo profundo de muchos cristianos y de los lectores de *Sal Terrae*, nos adentra y acerca a Aquel a quien nunca podremos ni atrapar ni aprehender ni dominar. ¿Quién mejor que el propio Jesús de Nazaret para confirmar esto que en nosotros es solo una pobre intuición? Pues bien, y volviendo la mirada a los miembros de los consejos de redacción de *Sal Terrae*, no me parece exagerado afirmar que, a lo largo de esta larga década, hemos aprendido a escuchar y a valorar la escucha. Y también –segundo fruto que hemos recibido los citados miembros– creo que nos hemos hecho más conscientes del valor de lo penúltimo y lo antepenúltimo. No solo en el sentido de que Dios es el Último (también el primero: «yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin»: Ap 21), sino sobre todo desde la cuidada y humilde convicción de que lo que nosotros aportábamos y a lo

que podíamos llegar era limitado, penúltimo, antepenúltimo. Aprender a descubrir, valorar y convivir con la *penúltimidad/antepenúltimidad* es también un arte que cuidar y cultivar, y a él nos hemos aficionado los miembros de los consejos de redacción de *Sal Terrae*.

Una conclusión a la que este último párrafo nos conduce es la afirmación de que los *primeros* beneficiarios del trabajo de los consejos de redacción de *Sal Terrae* han sido precisamente sus propios miembros. No es la primera vez que sucede que, cuando las personas se entregan con generosidad, disponibilidad y fidelidad a un proyecto común y, en este caso, jesuítico, apostólico, eclesial y al servicio del Reino de Dios, son ellas las que reciben dones particulares y especiales que en muchos casos marcan su vida y dejan huella en su propia existencia.

6. Renovación

Tal y como afirma José Antonio García en el apartado 4 de estas páginas, inseparables del consejo de redacción de la revista son los autores que han concretado y realizado sus proyectos. Ampliando la metáfora utilizada por el anterior director de la revista, si su consejo de redacción ha sido el «alma» de *Sal Terrae*, los/as autores/as de sus artículos han sido su «cuerpo». A las palabras de mi predecesor, que repetiría casi al pie de la letra, añado en este final de nuestra colaboración un aspecto que ya he mencionado de manera muy sucinta en líneas anteriores y que también guarda relación con los consejos de redacción de *Sal Terrae*.

A primeros de noviembre de 2009, el colegio Nuestra Señora del Recuerdo, de Madrid, nos abrió sus puertas y nos ofreció todo tipo de facilidades para celebrar una reunión extraordinaria del consejo de redacción de *Sal Terrae* en la que, además de sus 9 miembros, participaron una docena de colaboradores habituales de la revista, provenientes de diversos lugares de la rica y variada geografía española. Fue sin duda para todos nosotros un encuentro especial: en primer lugar, por tener la posibilidad de ponernos cara y saludarnos con cordialidad y disfrutar de la entretenida conversación de unos y otros; en segundo, por recibir de todas y todos ellos ayuda, inspiración y confirmación para continuar y mejo-

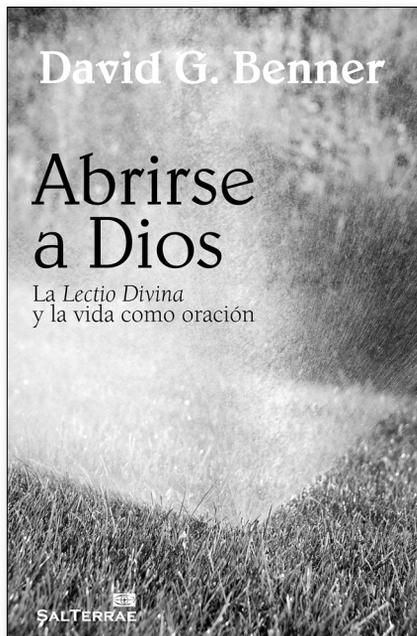
rar nuestro trabajo. En esa reunión del consejo de redacción ampliado de la revista pudimos escuchar pareceres y opiniones sobre los destinatarios y la finalidad de la revista (;quién quiere *Sal Terrae* que le lea?; necesidad de cuidar el «terreno común» de colectivos de frontera con los que también nos gustaría dialogar), sobre los temas y el lenguaje utilizado en los números (combinar el rigor y la divulgación, ofrecer una mirada amable de la realidad y ser capaces de captar lo germinal de ella, combinar reflexiones «de fondo» con otras de mayor actualidad, mantener el carácter plural de la revista), sobre el formato de *Sal Terrae* (mejoras en formato de papel y lanzamiento de formato digital).

Una reunión extraordinaria importante y especial por lo que acabo brevemente de señalar y, sobre todo, porque reproduce la imagen de ese cuerpo de los/as numerosos/as colaboradores/as de *Sal Terrae* de estos últimos años. Como le sucede a José Antonio García, también a mí me resulta imposible citarlos a todos, pues me olvidaría probablemente de alguno de ellos; ¡y todos y todas son inolvidables! En estos largos 10 años de trabajo en la revista, es única e inigualable la colaboración que nos han prestado tantas personas de diversos lugares de España (Andalucía, Extremadura, Castilla y León, Galicia, Asturias, País Vasco, Cataluña, Valencia, Madrid) y de otros lares (América Latina, Estados Unidos, Italia, Bélgica, Alemania). Todas ellas nos han ofrecido su saber, de gran y probada calidad. Y, sobre todo, y este sería el primero de los tres aspectos que más me gustaría subrayar, se han mostrado siempre receptivas a escuchar con atención la petición y la propuesta que les hacíamos y las orientaciones que les ofrecíamos. ¡Cuántos ejemplos y anécdotas me vienen a la cabeza en estos momentos en que recuerdo tanto correo electrónico intercambiado y que con tanto gusto contaría en todos sus detalles!

A este aspecto señalado me gustaría añadir un segundo que, aunque está en estrecha relación con el anterior, posee una entidad muy propia y particular: en la mayor parte de las ocasiones en que pedimos colaboración para escribir un artículo, recibimos una respuesta rápida y positiva. ¡Qué fácil es trabajar así y cuánto alienta contar con un cuerpo de colaboradores y colaboradoras tan propensos al sí!

El tercer subrayado que quiero dejar por escrito es la renovación generacional de los colaboradores más habituales de *Sal Terrae*. A lo largo de estos últimos años, la revista ha ido incorporando a su cuerpo de escritores plumas de lo que en un número ya clásico de la revista denominamos «generación intermedia»: la que cubre ese arco de edad que, con los matices que puedan hacerse, va de los 40 años a los 50 bien superados. Una incorporación que, creo, ha sido paciente, gradual, equilibrada y oportuna, y que es probablemente uno de los rasgos más identitarios de *Sal Terrae* a partir del año 2000.

Estoy a punto de concluir estas breves páginas que tan gustosamente he escrito. No quiero hacerlo sin repetir en primer lugar el comienzo de ellas: ¡qué importante ha sido para los consejos de redacción de *Sal Terrae* de la última década haber recibido una herencia tan valiosa, un modelo de funcionamiento y una «carta de navegación»! Tampoco sin hacer mías las palabras de José Antonio García con que ellas comienzan (su introducción). No como una mera repetición literaria, sino como una repetición a la manera ignaciana; porque, como sostiene uno de los grandes maestros de la espiritualidad de San Ignacio de Loyola en referencia a este tipo de repetición, «solo se recuerda lo que se ama. El amor está vinculado inseparablemente al recuerdo como el desamor al olvido» (S. Arzubialde).



DAVID G. BENNER

Abrirse a Dios

*La «Lectio Divina»
y la vida como oración*

192 págs.

P.V.P.: 18,25 €

La oración no es tan solo comunicarse con Dios, sino que es comunión con Dios. Al abrirnos a Él, Dios realiza la obra espiritual que nos transforma. La oración es mucho más que decir palabras a Dios; toda la vida puede ser oración cuando la ofrecemos a Dios con fe y con apertura. Recurriendo a los cuatro movimientos de la *Lectio Divina*, Benner explora la oración como atención, ponderación, respuesta y presencia. A lo largo de la obra nos abre un mundo de posibilidades para entrar en comunión con Dios: orando con los sentidos, con la imaginación, con música, con creatividad, mediante la contemplación, a través del servicio a los demás... y de otras muchas formas.
